

El centinela
cobija a Beatriz
Infierno
Elisa Buch

El maestro

TARDE A TARDE
aprovecha la voz de la fiera
el mito del infierno lo persigue.

No es Dante quien dirige el resto del naufragio.
Sabe a pez, a lágrima vertida en su nombre.

La ciudad enrojecida, olorosa a incienso,
a desnudez
y él desgaja su sentir,
no ve a nadie.

Un virtuoso

Escucha la flauta
suena a mitad de la tarde
como lluvia de ira.

No es de todos entregarse al sueño
palidece la selva cargada de cuerpos
verdes apilados, caídos
y Beatriz cobija a quien le ama.

¿Qué hacer en la ciudad del llanto?

Las Arpías

ALOCADAS, CAEN POR PRIMERA VEZ
rompen ramas,
sus ojos llenos de inquietud con solo ver los cuerpos
muertos de amor, hieren.

Atajadas por el aguacero.
No hay canto insigne, las grullas entonan gritos.

Palidece la ciudad.

Las bestias

DESPUÉS DE CADA TRANCE NO LEE MÁS
ignora las cadencias en tierra de nadie
retiene el mal. El sabio cae al arrollo
ennegrecido, sin un rayo de sol, advierte tristeza.

Beatriz se hace de lado,
da paso a la bestia, sin sostener la mirada.

Sin vigilante, las puertas quedan cerradas.
¿Qué hacer en la ciudad del llanto?

El protector

SU GUÍA LE MOSTRABA LAS PALABRAS RUMBO A LA
MONTAÑA.

Terrible. No ve a nadie
¡qué dolor!
¡qué alarido!
Quirón, el sabio vocifera
Infeliz,
vive un poco sin rarezas, a prueba de castigos
con las palabras a flote.

La ira da paso al enemigo.
Se pone insolente.

Los silencios

DETRÁS DE LA MONTAÑA CAE OSCURIDAD
con el olor a fruto morado
revuelo de los falseadores.

Uno más abandona la casona. Apagada.
El maestro ha muerto y no hay más que hacer en la ciudad
del llanto

Hundida y en silencios
hace un repaso de las noches furiosas
ya sin dolor
sostiene la flauta desafinada, rota.

De otro modo, vuelve el rojo a los muros
y la llama a encender tus ojos.

Te acercas a la silla con el perro dormido, sus orejas bajas
y tú regalas chucherías por medio del centinela
es una barbaridad, el resto se hace sombras
con el frescor del alabastro.

Ayuna. Conoces los afectos. Ayuna.
Y ahora, la quietud de la noche te mina.

Las Barcarolas

ADMIRA EL MAR SERENO YA SIN PAISANOS
con nuevas barcarolas
que avivan los susurros del viento.
Detrás de la montaña
se hunde la tarde
pruebas un fruto morado
y una vez más
ansiosa te lamentas.

No hay más que hacer.

A la orilla, los campos dorados en calma
paseas descuidada con el natural andar de ciego.

Siempre me desborda ese olor a peñasco
y al aliento de las sisellas.

Ahora, con música de banda
persigo los recuerdos, las palabras, tu rastro sin suerte. 